

Ambystoma Trigrinum

Salvador Elizondo
Dibujos de Pablo Elizondo

DEFINICIÓN DE LA REAL ACADEMIA:

Ajolote. (Del mexic. *axolotl*) m. *Zool.* Larva de cierto batracio urodelo, de unos 30 centímetros de largo, con branquias externas muy largas, cuatro extremidades y cola comprimida lateralmente; puede conservar durante mucho tiempo la forma larvaria y adquirir la aptitud para reproducirse antes de tomar la forma típica del adulto. Vive en algunos lagos de la América del Norte.

El universo paralelepipedal de los ajolotes mide 15 x 30 cm de planta y 20 cm de altura, con agua hasta la mitad de ésta. Este paralelepípedo está inscrito en otro de dimensiones infinitas que constituye el universo imposible del ajolote y sólo el universo posible de la salamandra, al que el ajolote accede por metamorfosis. El fondo de esta cisterna está tapizado de especímenes geológicos que comunican a los ajolotes el reflejo de sus colores particulares. La altura más prominente es un pequeño matterhorn de mármol azulenco cuyo pico emerge unos centímetros de la superficie del agua. Permite un punto de apoyo para que los ajolotes salgan a tomar aire. Configuraciones caprichosas instauran un escenario inerte de jaspes y chispas de minerales pesados entre las que los ajolotes dirimen una singular potencia del ser.

Toda heurística se ve comprometida en el hecho, experimentalmente significativo en el caso del axólotl, de la imposibilidad de saber *a priori*, quién observa a quién.

Todo en ellos delata una profunda nostalgia del lodo. El habitante ideal de un medio ambiguo: el fango, que no es ni líquido ni sólido, como el ajolote no es ni acuático ni terrestre; ni cabalmente branquial ni totalmente pulmonar, sino ambos o ninguno a la vez. Seres en absoluta suspensión dentro de su medio; animados solamente de su mirada estúpida y escéptica.

La evidentísima sensación de que los ajolotes ilustran una teoría radical, inquietante, garrafal, acerca de la naturaleza de la vida, es lo que origina un sinnúmero de posibles mitologías sobre ellos.

En el agua turbia se asemejan, por su quietud y por las coloraciones fantásticas que la luz o los reflejos de los objetos circundantes les confieren, a vísceras recién vaciadas flotando ambigualmente en esos frascos de cristal...

Acerca de una denominación descriptiva y distintiva de los ajolotes. Uno es más oscuro que el otro. Uno flota en un nivel más próximo a la superficie del agua. Uno emerge a boquear cada cinco minutos; el más pequeño cada siete. Sus vaginas son iguales a las de la mujer y como éstas arrojan sangre cada veintiocho días. Sería por todo esto bastante estúpido distinguirlos mediante los consabidos nombres de letras griegas. Ello les daría esa calidad deleznable de personajes de novela. Detentan una forma de ser única en común. Qué distinción sería posible para designar a dos seres que tienen una misma mirada; un ser que ni siquiera es él mismo todavía de otro que tampoco.

No deja de ser bastante interesante el hecho de que el ajolote que vive en el agua es la potencia de un ser que puede vivir en el fuego: la salamandra alquimística.

El módulo definitivamente fálico que rige la morfología del ajolote se ve acentuado por el inquietante complejo de sensaciones que su contacto ha de producir y también por la misteriosa disociación, marcada por un corte sagital curvo a lo largo del borde interno de la mandíbula inferior, que disgrega el tronco de la cabeza como elementos de un solo conjunto anatómico; como si el tronco estuviera insertado en la vulva que se forma en la parte posterior de la cabeza, lo que a la vez que representa una figura connubial es también un grafema fálico vivo.

Observaciones experimentales. El cultivo de ajolotes se realiza en la casa de un escritor con el fin de hacer observable un hecho relativo a la evolución de la especie. Esa observación de la mutación de un individuo a otra especie es posible en función de la existencia de un sistema polar de órganos que según sean estimulados o inhibidos provocan o impiden el desarrollo. En el caso del hombre la tiroides y la pituitaria, digamos, son los extremos polares de este sistema endocrino. La primera propicia el crecimiento; la segunda lo frena. La actividad excesiva de la glándula tiroides produce acromegalia y gigantismo; la actividad pituitaria las diversas formas de enanismo tópico o general. En el ajolote la manipulación de estos procesos endocrinos produce resultados mucho más sorprendentes que en el hombre. Si lo que determina la pertenencia de un individuo a una especie es su capacidad de re-producirse sin variaciones, el ajolote, en la medida en que se puede reproducir en cuanto ajolote, pertenece a la especie de los ajolotes, pero en la medida en que puede convertirse en salamandra y reproducirse como salamandra, pertenece a la especie de las salamandras que, por otra parte, son la imago de su larva, que son los ajolotes. La manipulación de la actividad de la glándula tiroides en el axólotl determina su cambio de especie en este sentido.

Habría que saber, por ejemplo: los huevos de ajolote son huevos de ajolote o huevos de larva de salamandra y si la manipulación de la actividad de la pituitaria de la salamandra propiciaría su retorno a la especie del ajolote.

Dejo esas inquisiciones a los sabios. Yo me aboqué a experimentos gratuitos.

A veces empuño al más pequeño, que se debate obsesivamente mostrando el envés sonrosado de su cabeza como glande y de su panza, agitando en pequeñas convulsiones ambarinas las manitas transparentes de radiografía. Lo tengo unos minutos así cogido y luego, mientras el ajolote boquea convulsivamente, lo aproximo a las mujeres que mientras por dentro se abren y se cierran como las valvas de una ostra, gritan horrorizadas por esa forma, por esa fluidez contenida, por esa humedad.

Otras veces la experiencia no transpone los límites estrictos de una actividad cognoscitiva mucho más compleja que la de asustar a las mujeres: la de mirar.

Sueño mientras los contemplo en una sistemática descriptiva de los caracteres biológicos y pienso en el hecho de que el ajolote representa una etapa que no estaría considerada por ninguno de los parangones. Ni siquiera en lo que se refiere a su forma. Inscritos en una clasificación que solamente tuviera en cuenta el mito de dónde los individuos proceden y qué evocan o el qué suscitan e invocan, son cosas para meditar.

Otro experimento interesante consiste en verter unas cuantas gotas de tintura muy concentrada de *cannabis sativa* en el universo acuático de los ajolotes. Los reflejos oculares se vuelven más sensibles aunque la quietud natural de estos animales se torna, bajo los efectos de este misterioso estimulante, más quieta todavía. Esto los hace también inmejorables modelos de fotógrafo.

Viaje al origen del axólotl. Creación de un periodo verbal capaz de remontarnos hasta este núcleo.

Enormes paramentos y taludes de adobe surcados de formiculantes escalerámenes tallados en la polvagi-





nosa materia de oro que se complican con recios andamiajes tensamente ligados con tendones y sogas que surcan las gigantescas murallas ocreáceas trazando caprichosas demostraciones de una geometría bárbara y terrorífica. Es fácil intuir las formidables construcciones solares que recrea esta impenetrable barrera de lodo; la luz la vuelve cristalina y dorada a la vez, como si la ciudad estuviera rodeada por el cilindro titánico de sus murallas de tierra; un topacio radiante en mitad de un espacio ardiente, infinito.

El ajolote es un objeto a partir del cual se puede instaurar el fundamento crítico de una cultura: la cultura axólotl, por ejemplo: su función representa en el ámbito de la naturaleza (o de lo natural o “exterior”), una forma de civilización interior.

Ante las represas ciclópeas: premonición de la ciudad.

Raza abocada a una monumentalidad delirante; ingente de grandes materiales sublimes para realizarla. Imagino esta ciudad pentélica más líquida que cualquiera de Grecia. Una ciudad fundada para su población por seres genéticamente transmutantes. *Axolotitlán*. Como si la ciudad hubiera sido construida por esos hombres que cometen los grandes crímenes del espíritu impunemente; por nómadas que han llegado, en ese momento incandescente, al último centro de la espiral de su camino y adoptan la condición hierática del sedentario, del *erector*.

Todos sus monumentos se yerguen en honor de la fuerza que el centro de la tierra ejerce sobre la escritura.

Sólo se ejercen sobre su cuerpo las presiones infinitamente delicuescentes; infinitamente iguales sobre todos los puntos de su cuerpo, de tal manera que siendo su densidad de tan perfecta magnitud que en ella se equilibra la atracción de la tierra con el impulso de flotación. Son ingravitantes dentro del agua y figuran en esa quietud inerte en la que discurren la representación del pensamiento puro igual que la potencia de transmutación voluntaria en un espécimen superior de su especie.

La relación estrictamente visual; pavorosa en ambos sentidos.

La condición de los ajolotes que hemos encontrado que proliferan en los fangales que la marea del lago forma cerca de las cavernosas garitas y pórticos de la muralla, invadidos de la tersa muchedumbre de las diminutas algas color de sulfato de cobre que las recubren, expresa claramente un hecho de desesperación racial en el que se conjugan simbólicamente las dos formas extremas de la vida aquí: el águila que vuela y predica y el ajolote que nada y medra. En medio de ellos el constructor de este sueño de lodo y de piedras enormes se ajetea en el barullo de los mercados y en las inmediaciones de los templos donde se da el espectáculo de los sacrificios humanos; donde se come el pozole y donde los hombres se

reúnen a conversar acerca de la próxima venida de Serpiente Emplumada, mientras defecan contra los basamentos del Gran Templo.

Ellos son los que tienen esa clara condición haxixínica de la quietud extrema.

Visión de las serpientes apareadas o luchando. Una de jade y otra de obsidiana. La visión de una falacia simbólica que desmienten esas manitas de simio. El ajolote es ambiguo como el hombre que ha levantado estas barreras dentro de las que el espacio parece amplificarse; circunscripciones que enaltecen la extensión de un paisaje cuyas partes, todas, contienen una partícula de material eterno; una materia fangosa y una posibilidad de generación hedionda, como la de un vientre. Agua turbia y espesa para la glorificación de estas construcciones, para la proliferación de estas serpientes que tienen la forma de falos o de excrementos.

Después de una carnicería que dura ininterrumpidamente seis horas de trabajo sobre la pequeña plancha de mármol y después de sacrificar a mi falta de destreza con el bisturí y las tenacillas las cabezas torpemente amputadas de cinco o seis ajolotes de color claro, consigo injertar, cosiéndola con sedal muy fino, una cabeza de éstas en el lomo del ajolote receptor de color oscuro. Al cabo de dos horas es posible excitar fácilmente los reflejos oculares de la cabeza huésped. Al cabo de veinticuatro horas los reflejos son más débiles, pero la cicatrización está casi consumada. A las treinta y seis horas del

trasplante extraigo las costuras. Se trata de un experimento preparatorio antes de proceder a provocar la transformación de este ajolote en salamandra. La cabeza injertada boquea a intervalos periódicos, mimetizando una forma ya inexistente de respiración.

En la digresión no está la esencia, sino la vida de la prosa.

Digresión sobre la arquitectura. Un proyecto crítico interesante: totalmente conseguir sustraer, por medio de algún proceso analítico especial, el principio en el que se fundan las antiguas arquitecturas de su contexto y obtener de ello las leyes de esa geometría rígida, de esa música tan escalonada, de esa posibilidad de espacios tan especiales; de aberturas y clausuras tan desconcertantes e inmensas. Obtener de ello la sabiduría fundamental de esas construcciones que se yerguen en el sentido de la gravedad y no en contra de ella. Aquí no hay columnas; solamente cimientos.

Un hecho inquietante. El ajolote receptor muere. La cabeza injertada conserva reflejos oculares. Muere dos horas y media después.

Hay, sobre la puerta mayor de las murallas de Axolotitlán, inscrita dentro de un pórtico ornado de culebras circunconvulsas, una rúbrica que dice: Hemos abolido el sonreír y la reproducción. Hemos optado por la metamorfosis.

Había soñado antes de llegar a las puertas de Axolotitlán con una construcción espiritual hecha totalmente





de lodo y de piedra. Una construcción tan vasta como la torre de Babel dentro de la que fuera posible la perfecta convivencia de esos hombres emplumados con los dioses pétreos y con esas bestias fulgurantes, en un ámbito que tuviera la densidad exacta del pulque, de la sangre.

Concebí entonces una raza de seres branquiales que en todo momento detentaran el conocimiento de su posibilidad pulmonar y aérea.

Me percaté de que habían sido creados para vivir en pequeños charcos de sangre.

Quise presenciar el acontecer cruento que configuraba a esa civilización, la cual en todos sus hechos se complacía en las ablaciones y en las disminuciones de sí

misma y que había adoptado el principio de flotación inerte para regir esa forma de vida víscida, conglomerativa, casi inmóvil en que medraba.

Las epopeyas fundamentales del ser manifestadas en su forma batráica, calcárea en sus emociones fotofílicas y en sus tropismos imbéciles.

En el Museo de Historia Natural de la calle del Chopo.

En medio de aquella vastedad se intuía la catedral del futuro. Fierro negro y vidrio despulido; una expresión última del significado de aquellos mercados de Axolotitlán en que se venden pequeños monstruos domésticos: los restallantes albinos que ahuyentan a los chacales con su olor ácido; los enanos obesos e incongruentes; los suaves hermafroditas de larga cabellera y los pintos y esos que sirven como ofrenda a los dioses y que serán sacrificados por los sacerdotes en el lugar donde se practica la cefalofagia convivial.

De la forma acentuadamente fálica del ajolote, especialmente visto por su parte inferior, emana un horror que fascina a las mujeres. Nunca se atreven a cogerlos delante de otros. Las fascina sagradamente, en esa región de sus espíritus secretos en la que el asco se ejerce paradójicamente, como en la sensación especular en la que el deseo y el horror se conjugan formando una construcción perfecta, en los sueños.

El carácter sin embargo patético de los habitantes de esta comarca, cuyo rostro está esgrafiado de un sentimentalismo ríspido, desprovisto de esa fluidez que hace la melodía de la descripción de un rostro atormentado, hace que floten ambiguos, eternos.

El instante, esa porción durante la que nuestro ser está inmóvil entre la luz y la mirada, se amplifica en esa emanación de eternidad como si el gesto fijo que lo representa no se resumiera en el cuerpo del que emana, sino en una quietud tan intensa que es capaz de producir un cuerpo.

Alguien ha mencionado la “vagina dentada”. El ajolote se agita en el agua turbia. Traza convulsivas topologías con su cuerpo. Consigue saltar fuera de la pecera y cae sobre el regazo de una mujer que grita horrorizada.

La salamandra yace muerta; ahogada. Se consuma la demostración de esa transformación estupenda. El cadáver flácido y verguiforme es la figura de esa metamorfosis. **U**

Pienso en el hecho de que el ajolote representa una etapa que no estaría considerada por ningún parangón.